

MEGAN McDONALD



JUDY MOODY

es detective

Ilustrado por
Peter H. Reynolds



Judy Moody se encuentra en un estado de ánimo... de misterio.

¿Qué debe hacer entonces la Mejor Investigadora de Misterios del Mundo (M.I.M.M.)? Pues ir en busca de un misterio, ¡por supuesto! Judy Drewdy y sus compinches se ponen a ello cuando Mr. Chips, un detective canino en formación, desaparece. ¿Habrà sido raptado por unos malvados robaperros? ¿Y por qué están desapareciendo las galletas de chocolate por toda la ciudad?

¡Este es un caso para la agente Judy Drewdy!

Para Jordan y Chloe

Megan McDonald

Para Marlo Thomas y Carole Hart, quienes han inspirado en todos nosotros la «libertad de ser»

Peter H. Reynolds

Quién es Quién

Judy

Agente Lisa Inkwel, también conocida como Judy Drewdy, la Mejor Investigadora de Misterios del Mundo (M.I.M.M.).

Papá



Padre de M.I.M.M.

Mamá



Madre de M.I.M.M.

Stink



Agente James Madagascar.

Rocky



Agente Spuds Houdini.

Frank



Agente Dills Pickle.

Oficial Kopp



Gurú de la prevención criminal.

Mr. Chips



Detective canino en formación.

El caso del pariente impertinente

La noche era oscura y tormentosa. La lluvia salpicaba la ventana. Los rayos centelleaban y los truenos rugían. Unas espeluznantes sombras, como dientes gigantes, danzaban por las paredes.

Tic tac, tic tac, martilleaba el viejo reloj como un aterrador latido. Silenciosa igual que un fantasma, ascendió por las escaleras oscuras, muy oscuras. De puntillas sobre los pies descalzos, recorrió el pasillo oscuro, muy oscuro, hasta la puerta oscura, muy oscura. Llamó con los nudillos una, dos, tres veces, en una señal de código Morse. Justo en ese momento, la puerta rechinó y se abrió.

Toc, toc.

—¡AAHHH! —gritó Judy desde debajo de las sábanas de su cama, en lo alto de la litera. Soltó la libreta en la que estaba escribiendo, que salió volando y rebotó en el coco de Stink.

—¡Ay! —gritó Stink y se frotó donde le había dado—. ¡Cuidado con mis sesos! Vas a hacer que me salga un huevo en la cabeza.

—Pero Stink, si tú ya tienes la cabeza como un huevo —bromeó Judy.

—Bueno, pues no tenías por qué tirarme el cuaderno.

—Al menos no era la enciclopedia. Eso te pasa por darme un susto que casi se me caen los pantalones mientras

relleno los huecos de una escalofriante historia de «Completa tu cuento».

—¿Y por qué te metes debajo de las sábanas? Si estamos en pleno día.

—Nancy Drew dice que nunca se debe tener miedo a la oscuridad, así que estaba practicando.

—¿Por qué tienes una linterna?

—Una buena detective siempre guarda una linterna bajo la almohada.

—¿Eso hace Nancy Drew?

—¡Es-pa-bi-la! ¿Es que no has leído *El Mensaje en el Roble Hueco*?

—¡Es que yo soy un superfan de Nancy Drew, como otros!

—¿Y qué le voy a hacer yo, si estoy intentando leerme los cincuenta y seis libros originales?

Stink le mostró la libreta de «Completa tu cuento».

—¿Y Nancy Drew también le tira cosas a su hermano?

—Nancy Drew no tiene hermanos, pero si tuviera uno, estoy segura de que se las tiraría si él le diese un susto de mil carámbanos.

—¿Carámbanos?

—Así habla Nancy Drew. Stink, a ver si te enteras.

—¿Y hay algo que salga volando en los misterios de Nancy Drew? En los buenos misterios siempre vuelan cosas por los aires, como una barca, o un pastel, o a lo mejor una moto que explota.

—No, Stink, en los misterios de Nancy Drew hay relojes antiguos, diarios ocultos, escalones que crujen y esas cosas.

—Ya —dijo Stink, que no parecía ni un pelín asustado. Lo que parecía era un pelín aburrido.

—También tiene cosas como naranjas que explotan, cohetes en llamas y viejas mansiones espeluznantes. Montones de mansiones, y todas están encantadas, y una vez se cayó el techo de una y casi aplasta a Nancy Drew. Otra vez

la persiguió un caballo fantasma. Y casi la estrangula una serpiente pitón gigante. En serio.

—Molan las serpientes pitón que explotan —dijo Stink, un poco confundido—. ¿Me dejas ver uno de tus libros de Nancy Drew?

—Allí está —Judy señaló hacia una pila de cosas sobre su mesa—. Debajo del mono de trapo.

Stink levantó el mono.

—Debajo de tu mono de trapo hay una almohada.

—Debajo de la almohada —le dijo Judy.

Stink levantó la almohada.

—Debajo de la almohada no hay más que un diccionario muy gordo.

—Debajo del diccionario.

Stink levantó el diccionario.

—Encontrar tu libro de Nancy Drew es ya un buen misterio —debajo del diccionario estaba el número 43 de Nancy Drew: *El Misterio de los 99 Escalones*—. ¿Por qué lo tienes debajo de todo esto?

—Pues, mmm... no te rías, pero...

—¡Ja! ¡Judy está asusta-dy! —canturreó Stink—. Lo has escondido aquí debajo porque te da miedo. ¡Te asusta tener pesadillas con Nancy Drew!

—¿Es que no puedo tener una imaginación sobresaliente? —preguntó Judy—. Apuesto a que tú no te lo lees a oscuras —a Stink le entró el tembleque—. Verás, una amiga de Nancy tiene un sueño muy raro sobre unos escalones, noventa y nueve nada menos, así que Nancy se va a Francia para intentar resolver el misterio de la pesadilla de su amiga. Es escalofriante. Lo dice en la parte de atrás y los libros no mienten, Stink.

—A lo mejor tienes un sueño después de haber leído el libro y yo me puedo ir a Francia a resolver el misterio de tu pesadilla... y a ver la torre Eiffel.

—La torre Eiffel no viene nada a cuento, Stink, pero me acabas de dar una idea genial. Voy a resolver un misterio.

Un misterio de verdad, en plan Nancy Drew, de los que hacen que se te caigan los pantalones. Pero vamos, de verdad de la buena.

—¿Y cuál es el misterio?

—No lo sé todavía. Primero he de encontrar uno.

—¿Y te tienes que ir a Francia para encontrarlo?

—Stink, no hay que irse a otro país para encontrar un misterio. Podría haber uno ahí mismo, en el patio de tu propia casa.

Stink miró por la ventana, en dirección al jardín.

—Pues todo lo que yo veo ahí es tu cuerda morada de saltar a la comba, tu balón de fútbol rosa y blanco, tu bici con la rueda desinflada y la tienda de campaña azul que usamos para el club de la Rana Meona. El único misterio es por qué Papá y Mamá no te hacen recoger todas tus cosas.

—*Ja, ja, ja*. Muy divertido, sí. Ahí fuera hay un misterio, Stink. Quizá no esté justo en el jardín, pero sí lo podríamos tener delante de las narices. Lo único que hay que hacer es prestar atención.

Y ella, Judy Moody, salió así en busca del misterio.

El mágico misterio del alce y el calcetín

Si a una persona se le ocurriese la idea de resolver un misterio gordo, muy gordo, pues debería tener un kit de detective Nancy Drew oficial, muy oficial.

¿Linterna? Afirmativo.

¿Libreta? Afirmativo.

¿Lápiz Gruñón? Afirmativo.

¿Lupa de bolsillo? Afirmativo.

¿Cinta aislante? Afirmativo.

¿Bolsa de plástico con cierre? Afirmativo.

—Vamos a ver —se dijo Judy en voz alta—. Todo lo que necesito es un disfraz, un poco de dinero y un diccionario de francés.

Se metió en el cuarto de baño del piso de arriba y regresó con la bolsa del maquillaje de Mamá. Sacó una barra de labios de color rojo, un lápiz de ojos, esmalte de uñas, unas pinzas y una horquilla.

—¡Ahí va!, qué chulo —dijo Stink al entrar en su habitación—. ¿Todo esto es para un disfraz?

—Stink, ¿es que no tienes ni idea de cómo actúa un detective? Todo el mundo sabe que la barra de labios es para escribir mensajes de socorro.

—Ah, ya lo pilló. Imagínate que algo ha explotado y se te queda la pierna atrapada bajo un trozo de metal, entonces quieres gritar en francés para pedir ayuda, pero como se te ha perdido el diccionario, escribes «SOS» con el lápiz de labios, o algo así, ¿no?

—O algo así —respondió Judy—. También sirve como sangre de mentira. Igual que una vez que Nancy Drew se

pintó con la barra de labios y fingió que estaba sangrando para engañar a unos tipejos y así poder escapar. Que sepas que hay un montón de tipejos sinvergüenzas, como Snorky, Stumpy, Sniggs y Grumper.

Stink soltó un bufido.

—Pues suenan más a los enanitos del bosque que a unos tipejos peligrosos.

—Y en *El Fantasma de Pine Hill*, hay una adivina malvada que se llama Madame Tarantela.

—Madame *Tarántula*, cómo mola. Déjame escribir con la barra de labios, ¿puedo? —le preguntó Stink.

—Es solo para casos de emergencia, Stink —le contestó Judy.

—¿Y para qué son todos esos cacharros? —volvió a preguntar Stink.

—Los polvos de maquillaje se pueden espolvorear en busca de huellas y el espejito que lleva la polvera es para espiar a alguien. El lápiz de ojos es para esto —y Judy le pintó un rápido bigote a Stink.

—¡Oye! —protestó Stink, pero en lugar de restregarse el labio, enseguida se miró en el espejo.

Judy sostuvo en alto una pequeña horquilla negra de metal para el pelo.

—Regla Número Uno: nunca salgas de casa sin una horquilla.

—¿Qué es una horquilla? —preguntó Stink.

—Esta pequeñita sirve para forzar cerraduras.

—¿Puedo probar?

—Hasta que te hartes —dijo Judy, que le entregó una horquilla y se puso a meter en su mochila todo su instrumental de detective.

Stink agarró el diario secreto de Judy, metió la horquilla en el agujero de la llave y la giró. El diario hizo «clic» y se abrió.

—¡Bien! —gritó Stink—. Sí que funciona.

Judy levantó la vista.

—¡Dame eso! —dijo mientras recuperaba su diario.

—¿Estás segura de que Nancy Drew no tiene un hermano pequeño? Mira que los hermanos pequeños son buenos detectives también.

—Estoy segura. Solo tiene a su padre, el señor Drew; a sus dos mejores compis, George y Bess; a su perro *Togo*; su gato *Bola de Nieve*; ¡y un descapotable chulo, muy chulo y reluciente, de color azul!

—¿Es que Nancy Drew es lo bastante mayor como para conducir un coche de verdad?

—Ya te digo. ¿A quién no le gustaría pasarse el día por ahí en un descapotable resolviendo misterios? —dijo Judy—. ¿Maquillaje? Afirmativo. Eso es. ¡Estoy lista!

—¿Qué pasa con el dinero? ¿Dónde está? ¡Se te ha olvidado el dinero!

—Mmm, no se me ha olvidado...

Stink echó un ojo dentro de la mochila de Judy y sacó una bolsa de plástico llena de monedas.

—Mi colección de monedas de los Estados americanos no. ¡Y mis monedas con las caras de los presidentes! Me ha costado mucho reunirías.

—Venga, no seas plasta. Si me encierran en un ático, o en un armario, o en el maletero de un coche, he de tener dinero para sobornar a los malos y que me dejen salir.

—Pues abres la cerradura con la horquilla esa —dijo Stink. Judy le dirigió una mirada boquiabierta—. ¡Bueno! —Stink revolvió entre sus monedas—. Toma, te puedes quedar con mi moneda de la Samoa Americana. Pero solo porque no sé dónde está.

—¿Una triste moneda? Eso no me va a des-raptar.

—¡Vale, vale! Mi moneda del presidente Martin Van Buren, pero solo porque no es James Madison, mi presidente favorito, y porque no tengo ni idea de quién es.

—Guau, gracias, Stink de mis amores.

—¿Nos podemos ir ya a buscar el misterio? —preguntó Stink.

—Casi —contestó Judy—. Tengo hambre. Necesito víveres. La Regla Número Uno para ser un buen detective es no resolver nunca un misterio con el estómago vacío.

—Creí que la Regla Número Uno era eso de la horquilla.

—¿Es que tienes que acordarte de todo lo que digo? Stink, date la vuelta para que no veas donde escondí mis caramelos —Stink había encontrado los caramelos escondidos en el cajón de los calcetines de Judy, había encontrado los escondidos en su kit de doctora, había encontrado los escondidos en el puzzle de quinientas piezas de la Torre de Londres, pero ni loco encontraría los caramelos en su escondite ultrasecreto superdifícil.

Stink se dio la vuelta y se tapó los ojos.

—Tápate los oídos también —dijo Judy.

—Oye, que solo tengo dos manos.

—Pues entonces intenta no escuchar —Judy sacó el alce de peluche que había hecho en el centro comercial con la abuela Lou las navidades pasadas. En lugar de relleno, Judy le había metido una bolsa de gominolas en la barriga. Metió la mano y sacó... ¿un viejo calcetín de rayas?

—¡Stink! —dijo Judy—. No te vas a creer lo que he encontrado.

Stink se dio la vuelta y miró.

—¿Un calcetín? —intentó fingir que estaba sorprendido.

—No es solo un calcetín —dijo Judy—. Son un calcetín y un misterio, aquí mismo, en el patio de nuestra casa —Stink no dijo una palabra y bajó la vista al suelo—. Es un misterio auténtico y genuino a lo Nancy-Drew-la-que-no-tiene-hermanos —Judy meneaba el calcetín en el aire.

—¿El Misterio del Calcetín Desaparecido? —preguntó Stink.

—Se parece más al Caso del Robo del Caramelo —dijo Judy—. Escondí una bolsa de gominolas en la barriga del alce y ahora ya no está. Por arte de magia, así por las buenas.

Stink se rascó la cabeza. Chasqueó los dedos.

—¡Apuesto a que *Mouse* se metió en el alce y se comió tus ratones!

—Interesante —dijo Judy—. ¿Cómo sabías tú que las gominolas eran *ratones*, Stink? Yo he dicho «gominolas», no «ratones-gominola».

—Pues me he hecho un lío con *Mouse*, porque ya sabes, los gatos cazan ratones, ¿no? Además, yo sé que te gustan mucho esos ratones-gominola, más que los mocos-gominola y las ancas-de-rana-gominola.

—Stink, quítate los zapatos.

—¿Eh? ¿Por qué? Pero si...

—Hazlo —Stink se quitó las zapatillas—. ¡Ajá! ¡Justo lo que pensaba! Llevas puestos dos calcetines diferentes y uno de ellos hace juego con este —mostró el calcetín de rayas—. Ha quedado resuelto el Caso del Ladrón-de-Caramelos-con-un-Solo-Caletín-de-Rayas. Stink Moody, ¿tienes algo que decir en tu defensa?

—Qué bien me vendría usar ahora mismo esa barra de labios que tienes tú —dijo Stink.

—¿Para qué?

—Para escribir «SOS». Has dicho que cuando uno está metido en un lío puede usar una barra de labios para escribir «SOS».